

«De la discusión nace la luz», dicen. Me parece bastante cierto. Cada uno se queda con las mismas ideas que tenía antes de discutir: pero más claras.



Pío Baroja es «el señor que nunca leyó a Platón».



Dickens acostumbra a describir, en sus libros más famosos, una zona social subburguesa, misteriosa e impresionante. Eso permite a su lector burgués sentirse doblemente confortable en su *home* acomodado. Este, en efecto, tiene así la oportunidad de enternecerse, de compadecerse del humilde desgraciado, pero sin ningún compromiso enojoso. Sentirse conmovido por el destino melodramático de cualquier pobre niño dickensiano, le deja, realmente, con la conciencia tranquila. Ha quedado, formulariamente, como un cristiano. Y para completar la felicidad, tan segura, de su lector, ya se encarga Dickens de que todo acabe bien...



D'Ors dice de Maragall, y lo dice con cierto tono de censura, que era un poeta *interjeccional*. Y así es. Pero me parece que un poeta es poeta en la medida en que consigue convertir cada palabra en interjección. Interjeccionando el idioma lo salva de la muerte y de la didáctica, y lo hace útil para una comunicación más directa.



Estéticamente, creo que los naturalistas tenían razón. (Arte igual a verdad, etc.) Sólo que se equivocaban—por defecto—sobre qué hay que atender por naturaleza. *Moi, je suis aussi nature*, decía Braque.



Alas y gorjeos. Poetas, poetas. Unos como ángeles. Otros, como aves más o menos canoras: como ruiseñores, como jilgueros, como loros, como patos...

Joan FUSTER.